

LA ACTUAL UNIDAD DE LA HUMANIDAD Y LOS PROBLEMAS MUNDIALES DEL PRESENTE

por el prof. ARNOLD TOYNBEE

De la Universidad de Londres

I

En el dominio de la naturaleza no humana hemos avanzado sobremanera, pero en la tarea, mucho más importante, de entendernos unos con otros, hemos hecho relativamente pocos progresos. En la medida en que han avanzado la ciencia natural y la tecnología, se ha ensanchado el abismo entre lo que hemos logrado con la mente y lo que en lo moral hemos conquistado y la discrepancia es hoy tan grande que sobre la humanidad se cierne la amenaza de la autodestrucción. Herramientas y artilugios que podrían estar al servicio del bienestar en la tierra pueden convertirse en armas de exterminio mientras nos sigamos manteniendo en la desunión y la discordia.

El acaecer humano constituye hoy una totalidad indivisible, no una mezcla de episodios por completo inconexos. Veo en este acaecer algo colmado de sentido, no "un cuento contado por un necio y que nada significa". Naturalmente sólo en forma muy oscura presentimos la esencia de su sentido y su significado: en esta tremenda esfera tan sólo conocemos, aquí y allá, algunas piezas sueltas, por así decirlo, algunos elementos parciales, y sólo hasta cierto punto. Nuestra relativa familiaridad con estos sectores fragmentarios nos permite darnos cuenta de cuán grande es nuestra ignorancia sobre la magna esfera como totalidad.

¿Por qué, no renunciando a reflexionar sobre la totalidad, echamos mano de un microscopio para concentrar la atención en un solo punto, bastante pequeño como para brindar la oportunidad de investigarle a fondo durante la sola vida de que disponemos? Estoy contra el tipo de observación microscópica, pues creo que un fragmento artificialmente aislado carece de significación, lo que, al mismo tiempo, le hace poco interesante. ¿Qué sentido tendría considerar a Gran Bretaña prescindiendo de Francia o Gran Bretaña y Francia sin la Europa occidental y el resto de Europa prescindiendo del resto del mundo? ¿Por qué no renunciemos a la consideración de la totalidad mientras nos atenemos a las piezas parciales que aisladamente consideradas nos llevan por camino errado y siendo la totalidad algo inabarcable para nosotros, algo cuya aprehensión no lograremos nunca? ¡No podemos renunciar a reflexionar sobre la totalidad sencillamente porque constituye la clave del misterio de la realidad! Como ser humano siento el acicate de penetrar este misterio aun estando seguro de que a las interrogantes fundamentales sobre el Universo y la misión del hombre en su ámbito no recibiré las respuestas comprobables que

el científico obtiene al restringir sus investigaciones a los aspectos físicos del mundo. Como ser humano planteo interrogaciones que acaso no puedan ser contestadas, con seguridad por lo menos. Ahora bien, para encontrar su camino en la vida necesita el hombre obtener respuestas sobre el derecho a la existencia y el destino de la humanidad. Dan estas respuestas las religiones. Su dogmática carece de garantías, pero su audacia y su confianza en el intento de esclarecer los problemas fundamentales responde a una honda necesidad humana.

Con el sesgo que caracteriza el avance del progreso tecnológico en el mundo occidental se observa la tendencia a una aprehensión mecanicista de la vida humana. A mi ver se trata de un camino falso. Considerar la vida humana con criterio mecanicista significa, sencillamente, despojarla de lo natural. Tampoco creo en la aplicabilidad del parangón biológico, según el cual la sociedad humana responde al concepto de un organismo único. Natural es un ser humano, un organismo. Ahora bien, al estar dotado de entendimiento y de facultad para las decisiones, es ya más que un simple organismo, mientras por otra parte la sociedad humana no representa un organismo de ninguna manera. La sociedad es un sistema de relaciones entre seres humanos cada uno de los cuales sigue siendo un organismo (y algo más). Como organismo el ser humano es mortal. Tiene un lapso máximo de vida como cualquier otro ser vivo. En contraste con esto la sociedad humana es potencialmente inmortal al relevarse las generaciones, una tras otra, en los seres humanos cuyas recíprocas relaciones constituyen una sociedad. Si una sociedad humana se encuentra en apuros el responsable es el hombre mismo, no la naturaleza. De aquí mi repulsa al método biológico de considerar la historia humana, así como a la visión mecanicista del mundo.

II

Por primera vez está hoy la total autodestrucción en manos del hombre. Podemos cometer este hecho terrible. Pero sería superflua la pretensión de predecir qué aspecto tendría después el mundo. Nuestras presunciones sobre el futuro tienen por fundamento y límite, de modo necesario, nuestra experiencia del pasado. Y hasta hoy no existe nada en nuestra experiencia que pueda darnos una idea de los presumibles efectos de una guerra atómica.

Se ha intentado la mensura estadística de los probables efectos, según el probable porcentaje de las pérdidas, por ejemplo. Incluso tal vez sea posible calcular, en parte, la asolación física, que sin duda sería enorme. Ahora bien, la asolación decisiva sería de una índole que no puede expresarse con números. Es la asolación moral en las almas de los supervivientes. ¿Qué consecuencias espirituales traería consigo el asesinato en tan disforme medida, desconocida antes? ¿Qué consecuencias se evidenciarían del hecho de haber sufrido y presenciado tamaña matanza? Es-

ta interrogante espiritual es la decisiva y la respuesta se nos escapa del modo más absoluto.

La posibilidad del recíproco asesinato en masa —suicidio en masa, con otras palabras— como algo que podríamos cometer debe ser considerada con toda decisión. Sin embargo, personalmente considero muy improbable que lo hagamos.

La superficie total de nuestro planeta se encuentra hoy físicamente como atada en haz por los extraordinarios avances técnicos. Y ello con la finalidad de servir como un hogar único para el hombre o de arena única para una guerra mortal. Deberemos elegir entre estas alternativas y claro que la buena, la razonable decisión, será elegir por la vida y no por la muerte. Los avances técnicos, cada día más acelerados, obra de nuestro intelecto, exigen cambios, cada día más radicales y rápidos, de nuestras costumbres, de nuestros sentimientos en el sentido de la adaptación a las nuevas situaciones materiales que el avance técnico nos impone de modo constante. El avance del intelecto humano parece no conocer límites. Pero diríase, en cambio, que hay una exacta y angosta linde del cambio social para el avance del substrato de los sentimientos de la naturaleza humana en el lapso de una vida. Si el ritmo del avance tecnológico escapa por completo a nuestra capacidad en tal sentido, en el de la adaptación a las condiciones emocionales y vitales que las nuevas realidades materiales exigen, correremos el peligro de precipitarnos en el desastre. De hecho esto constituye la tremenda amenaza que se cierne sobre la humanidad de nuestro tiempo.

Podemos suponer que el intelecto se desarrolla siempre con mayor celeridad que la psique. Pero hasta hace poco era el ritmo de ambos tan lento que la diferencia entre ambas andaduras no creaba problemas prácticos de ninguna índole. Toda clase de cambio —el técnico, el institucional, el psicológico— fue tan pausado, incluso donde fue más raudo, en el último millón de años de la historia de la humanidad, que se mantuvo imperceptible durante el breve lapso de la vida del hombre. Hasta hace unos doscientos años la gente, por lo general vivía y moría sencillamente sin advertir que el mundo en que vivía cambiaba de algún modo. Sólo a partir de la revolución industrial los cambios que trajo consigo la técnica en el aspecto material de la vida fueron lo suficientemente rápidos como para ser percibidos en el lapso de una generación. Y sólo en el curso de las dos últimas generaciones el ritmo de los cambios técnicos se ha intensificado en tal medida que se ha hecho difícil para la psique humana seguirle el paso en el lapso de una existencia.

Durante el 99 por ciento del tiempo de la historia humana transcurrida nos mantuvimos en la fase de la busca de alimento. Y el hábito del espíritu tribal que arraigó en nosotros durante este prolongado lapso de la historia de la humanidad ha sobrevivido al descubrimiento de la agricultura y al amanecer de la civilización. Y este espíritu tribal ha sobrevivido hasta el momento en que, en nuestros días, fue

rebasado y superado por la invención del arma atómica. En la era atómica no estará la humanidad en condiciones de defenderse de la autodestrucción si no aprende, sin tardanza, a vivir como una sola gran familia. Sin embargo, esta ampliación de nuestras simpatías y nuestra lealtad a la humanidad entera, que constituye exigencia urgentísima, constituirá una difícil revolución psicológica para nosotros. Desde que nos transformamos en seres humanos, incluso antes, tal vez, hemos considerado como semejantes, como parientes, como amigos, sólo a una fracción de la humanidad, mientras que la gran mayoría allende este reducido círculo fueron considerados por nosotros como extraños, como "extranjeros", frente a los que nos sentíamos comprometidos por nuestros deberes morales en forma mucho más ligera o sencillamente en ninguna forma. Hoy debemos ver en todos los "extraños" del mundo hermanos del corazón, incluso en aquellos que se diferencian de nosotros por su raza, su lengua, su religión y su cultura. Debemos aprender el sentimiento de sentirnos todos emparentados de alguna manera simplemente por el hecho de ser hombres. Y este revolucionario cambio psicológico deberá verificarse con la máxima celeridad: el arma atómica está en nuestras manos. . . Debemos desarrollar en forma repentina una lealtad vasta y nueva frente a la totalidad humana, a la que debemos subordinar nuestra tradicional lealtad hacia el propio grupo nacional. ¿Puede esto ocurrir? Mejor dicho: ¿puede ocurrir a tiempo para evitar una catástrofe atómica? Soy optimista . . . tontamente acaso. Creo que conseguiremos desarrollar a tiempo un espíritu universal.

No creo que empleemos nuevamente con fines bélicos la energía atómica. Y si evitamos el exterminio del mundo desencadenando una guerra atómica, no dejaremos, ciertamente, de aprovechar la energía atómica para fines industriales pacíficos. Al no columbrarse un fin en la aceleración del progreso técnico, es de esperar que los "átomos para la paz" sean utilizados en cantidades enormes, en constante aumento. La energía atómica ha puesto en manos del hombre un poder físico de nunca vista magnitud y este poder, empleado con fines sociales constructivos, hará posible mejorar las condiciones materiales de la vida humana de modo inconcebible. Sin embargo, toda cosa buena tiene su precio. Y el precio de la utilización de la energía atómica es el residuo venenoso que el proceso acarrea.

Este residuo deberá ser encerrado herméticamente o habrá que librarse de él en forma que no contamine el espacio vital de nuestro planeta. Para la supervivencia de la humanidad es esto tan importante como evitar una guerra atómica. Pero la eliminación del residuo atómico no podrá planificarse por gobiernos nacionales dentro de sectores arbitrariamente delimitados de la superficie terrestre. El veneno atómico, como las bacterias, ignora las fronteras políticas por nosotros trazadas. El residuo atómico puede acarrear la muerte desde una distancia de miles de millas y esto ha ocurrido ya. Recuérdese que hace algunos años pescadores ja-

poneses del Pacífico fueron muertos por el "fall-out" de una explosión atómica verificada a una distancia de miles de millas. Incluso los grandes territorios nacionales —los Estados Unidos, o la Unión Soviética, o China, o el Brasil— son demasiado pequeños para constituir zonas autónomas en las que se pudiera disponer independientemente del residuo atómico. De este residuo no será posible librarse de un modo efectivo si no se incluye la superficie terrestre en su totalidad. Por eso no podrán resolver el problema los gobiernos nacionales. Para resolverlo será indispensable una autoridad mundial supraordinada con poderes mundiales sobre toda la producción y aplicación de la energía atómica por encima de los atributos de soberanía de los 125 Estados del mundo. Como nacionalistas sólo podremos oponernos a la cesión incluso de esta fracción de nuestras correspondientes soberanías nacionales a una suprema autoridad mundial. Creo, sin embargo, que a pesar de todo lo haremos. Y creo que lo haremos porque aún debe ser mayor nuestra oposición a la perspectiva de una torturante y lenta muerte por el veneno atómico, tanto para nosotros, como para nuestros hijos. Por muy altamente que estimemos nuestras soberanías nacionales, tan caras e irrenunciables no podrán parecerse.

Nos hallamos hoy en medio de una explosión demográfica cuyo fin no columbramos tal como ocurre con el actual proceso de aceleración del progreso técnico. Predicen los expertos en estadística que a fines del presente siglo se duplicará o triplicará la población del mundo. Nadie puede vaticinar cuál será la cifra definitiva. La causa de la explosión demográfica es bien conocida. Es otro ejemplo de la diferencia de ritmo en el desarrollo de mente y psique y de sus enormes efectos. Ha de verse uno de los más espléndidos logros del intelecto humano en la esfera de la medicina preventiva y los servicios de salud pública. Los avances de la ciencia médica han reducido sensacionalmente la cifra de mortalidad, especialmente de la infantil, que era la que pagaba el más alto tributo. Incluso en un país relativamente atrasado algunas medidas de salud pública bajo la dirección de un reducido grupo de funcionarios puede hacer milagros. Y es esta una revolución que no provoca resistencia pues toda madre está dispuesta a colaborar en medidas que evidentemente le han de ayudar a conservar la vida de sus hijos.

La humanidad sufría antes el máximo de pérdidas por enfermedad. Por ello y como recurso contra la extinción se tenía el máximo de hijos en la esperanza de que por lo menos un mínimo sobreviviría y a su vez se encargaría de que la raza humana continuara reproduciéndose. Hoy la mortalidad no tiene ya este carácter. Le han puesto fin los progresos de la medicina. Pero nos seguimos reproduciendo sin tope: es hábito humano desde tiempos inmemoriales y difícil de rectificar, por lo tanto. Así, si la mortalidad se ha reducido increíblemente, la natalidad se mantiene al nivel más alto con la excepción de una minoría represen-

tada por los países desarrollados. Un tremendo aumento de la población del mundo es la consecuencia. Y seguirá aumentando en esta forma hasta que la mayoría de la población de los países en desarrollo haya aprendido a limitar el número de nacimientos por la planificación familiar.

¿En qué medida aumentará la población del mundo, dada la disminución de la mortalidad, hasta que la natalidad haya encontrado el equilibrio? Como hemos advertido, es imposible vaticinar todavía la cifra en que la población mundial quedará estabilizada. Podemos predecir, sin embargo, que la cifra definitiva será lo bastante formidable como para someter a terrible presión las necesidades de alimentación del mundo.

La ciencia ha saltado a la brecha a partir de la Segunda Guerra Mundial afortunadamente. En los países desarrollados, situados la mayoría en las dos zonas templadas, donde, por término medio, el suelo es más fértil que en los trópicos, la aplicación de métodos científicos y técnicos en la agricultura ha traído consigo un extraordinario aumento de la producción por hectárea. Además se ha empezado a cultivar el mar en las aguas protegidas a lo largo de las costas del Japón. También en esto soy optimista. Confío en que con la ayuda de la ciencia y la técnica la superficie terrestre y marítima de nuestro planeta estará en condiciones de alimentar una población por lo menos seis veces mayor que la actual. Acaso resulte que es capaz de más aún. Pero este milagro científico y tecnológico exige una previa condición política. Si la ciencia y la técnica han de realizar su obra la superficie total del planeta y la humanidad entera deberán ser consideradas como una unidad para los fines de la producción y distribución de alimentos. Ahora bien, si esta tarea —de la que la supervivencia de la humanidad depende— ha de ponerse en manos de los 125 Estados del mundo para que cada cual proceda según su soberana voluntad y su parecer, ciencia y técnica quedarán paralizadas.

El problema de la alimentación deberá ser resuelto globalmente, no regionalmente, pues de otro modo resultaría una desproporción en el sentido de que la mayoría de la raza humana se vería en el trance de morir de hambre (y no estaría dispuesta a morir pacíficamente). La desproporción se deriva del hecho de que el aumento de la producción de alimentos se da en los países desarrollados, donde la población se encuentra ya más o menos equilibrada. El aumento de población se observa, en cambio, en los países en desarrollo donde la cifra de natalidad no responde aún, por no haber sido lo suficientemente reducida, a la cifra de mortalidad, reducida efectivamente. De modo que mientras la producción y distribución de los recursos alimenticios del mundo sea administrada por los gobiernos de los 125 Estados soberanos, en los países desarrollados habrá un sobrante cada vez mayor de alimentos que no podrá venderse, mientras en los países en desarrollo habrá un déficit mayor cada día que no podrán compensar con la compra del sobrante de los países

desarrollados por no estar en situación de pagar los precios que en el mercado rigen. El problema de la venta del sobrante de alimentos ha enturbiado las relaciones entre los miembros del mercado común europeo y también en los Estados Unidos y el Canadá ha sido causa de siempre nuevas dificultades. Al mismo tiempo padecen hambre los pueblos del Asia meridional y oriental e incluso si llegaran a dominar los métodos científicos de la producción agrícola que han inventado los pueblos desarrollados, su suelo tropical, relativamente pobre, no permitiría que la producción cundiera en forma que pudiera compararse al rico agro, cultivado científicamente, de las zonas templadas.

Considerando el sector social veo venir un cambio revolucionario en la relación entre trabajo y ocio. Antes la mayoría de las personas debían dedicar al trabajo la mayor parte de sus horas de vigilia porque el trabajo no estaba aún mecanizado. Pero justamente por no estarlo proporcionaba al trabajador una cierta satisfacción psíquica como premio por el tiempo y el esfuerzo. En el futuro la automatización abreviará las horas de trabajo, pero la tarea, en cambio, será monótona y carecerá de estímulo psíquico. Ahora bien, sin algo de esto apenas será posible seguir viviendo. Si el hombre ha de encontrar esta satisfacción en la época de la automatización del trabajo deberá buscarla en sus horas de ocio. Las tendrá abundantes. ¿Cómo las empleará?

En el mundo que vemos venir tendrán los hombres ocio y descanso, pero no tendrán servicios que cumplir, ni disfrutarán de espacio. Nadie estará dispuesto a vender sus servicios a otro donde todos gozan de bienestar. Y nadie disfrutará de espacio físico una vez que la actual explosión demográfica haya concluido su obra. Hasta hace poco las ciudades estaban protegidas por murallas. Mañana, los "cinturones de verdor" que queden deberán ser acotados y vallados para evitar que la gran ciudad los devore. Una visión de la futura megalópolis nos la anticipa el Japón actual. En la megalópolis se carecerá de espacio físico para las horas de ocio. Será imposible seguir circulando por el mundo en millones de automóviles. El único espacio que quedará será no material: será espacio espiritual. Como sólo modo posible de emplear el ocio deberá el hombre volverse sobre sí mismo. Se encontrará entonces frente a sí mismo y frente a la suprema realidad espiritual de este misterioso Universo en que nos ha sido dado nacer. Digo "suprema realidad espiritual" y no "Dios" porque este concepto no responde a la idea budista y budistas seguirán siendo la siempre creciente mayoría de los seres humanos.

No creo que el hombre pueda vivir sin religión. Tan pronto como despertamos a la conciencia sentimos que en este Universo en que nos vemos colocados somos medio extraños, semiforasteros. Algo nos impulsa a entrar en contacto con la realidad espiritual que tras el Universo se oculta: a entrar en contacto con ella para alcanzar con ella la comunidad.